



Para Z

Es en los días o noches en que uno se encuentra al borde del pesimismo, cuando fluyen casi sin saber de dónde, este tipo de relatos. Quizás sea la nostalgia por quien pese a encontrarse tan cerca físicamente, está tan lejos del corazón. Tal vez sea la dramática sensación de vivenciar esa lejanía como algo tan dolorosamente angustiante. Es cuando con la ayuda de un pocillo de café y del fondo musical de melodías amadas, surgen las palabras que con su magia nos permiten seguir viviendo, cuando danzan su eterna ronda. Posiblemente sea la esperanza que se niega a exhalar su último aliento, que nos dicta cosas como ésta:

De entre las historias más extraordinarias que encontré, está la siguiente que relata la fantástica ocasión en que podemos vernos retratados en cada una de las palabras que conforman la narración: É.. Cuentan que una vez se reunieron en algún lugar de la tierra los sentimientos y cualidades de los seres humanos. Era la mejor ocasión para conocerse, pues casi siempre estaban distanciados unos de otros. Cuando el Aburrimiento había bostezado por tercera vez; la Locura, como siempre tan loca, les propuso: «vamos a jugar a las escondidas». La Intriga levantó la ceja y la Curiosidad sin poder contenerse, preguntó: ¿A las escondidas? ¿Cómo es ese juego?». El Aburrimiento solamente dijo: «no creo que sea divertido». La Nostalgia intervino: «Antes sí se jugaba bien». El Miedo temía que algo malo iba a pasar al final. Y la Esperanza le palmó los hombros: «siempre podemos encontrar las razones para ser felices». Pero la Intriga siguió queriendo saber cómo iba a ser. «Es un juego, —explicó la Locura— en el que yo me tapo la cara y comienzo a contar desde uno hasta un millón mientras ustedes se esconden y cuando haya terminado, el primero de ustedes que encuentre, ocupará mi lugar para terminar el juego».

El Entusiasmo bailó secundado por la Euforia. El Atrevimiento al instante aceptó jugar aún sin saber a lo que se metía. El Pesimismo dijo: «igual nos aburriremos». La Alegría dio tantos saltos que terminó por convencer a la Duda e incluso a la Apatía, que nunca le interesaba nada. Pero no todos quisieron participar. La Verdad prefirió esconderse. ¿Para qué? Si al final siempre la encuentran. La Soberbia opinó que era un juego muy tonto (en el fondo lo que le molestaba era que la idea no hubiera sido de ella) y la Cobardía prefirió no arriesgarse. «Uno, dos, tres,.....» comenzó a contar la Locura. La primera en esconderse fue la Pereza que se dejó caer en la primera piedra en el camino. La Fe subió al cielo y la Envidia se escondió tras la sombra del Triunfo, que con su propio esfuerzo había logrado subir a la copa del árbol más alto. La Mentira sólo equivocaba por donde iba, ya que nadie le

creía que iba a quedarse en ningún lugar. La Esperanza estaba convencida de que iba a encontrar el sitio perfecto. La Traición buscaba con la mirada a los lugares donde pensaba que estaban escondidos los otros, para delatarlos (aunque sea con señas), apenas pudiese. La Cobardía no atinaba a buscar nada, ni a avanzar un solo paso, porque temía caerse entre los pastos y las piedras. La Generosidad casi no alcanzaba a esconderse, porque cada sitio que hallaba le parecía maravilloso para alguno de sus amigos. ¿Qué tal un lago cristalino? ideal para la Belleza. ¿La rendija de un árbol? perfecto para la Timidez. ¿Una ráfaga de viento?, magnífico para la Libertad. ¿Un acantilado profundo? pues para el Heroísmo. ¿Entre los pétalos de las flores? era fenomenal para la Ilusión.

Así, la Generosidad terminó por ocultarse en un rayito de sol. El Ego, en cambio, encontró un sitio muy bueno desde el principio: ventilado, cómodo, pero sólo para él. La Mentira se escondió en el fondo del océano (en realidad detrás del arco iris). La Pasión y el Deseo en el centro de los volcanes. El Olvido se olvidó dónde. La Constancia buscó sin descansar, hasta detenerse en el mejor lugar que le parecía: al borde del camino que la llevaría siempre a algún lugar. El Honor prefirió ir detrás de unas medallas, aunque en el fondo sabía que no valían nada. Cuando la Locura contaba 999.999; el Amor aún no había encontrado su sitio, pues todo estaba ocupado, hasta que divisó un rosal y estremecido decidió esconderse entre las flores. «Un millón», gritó la Locura y comenzó a buscar. La primera en aparecer fue la Pereza, sólo a tres pasos de una piedra. Después escuchó a la Envidia y pudo deducir dónde estaba el Triunfo. Al Egoísmo no tuvo que buscarlo ya que solito salió disparado de su escondite que había sido un nido de avispas. De tanto caminar, la Locura sintió sed y al alcanzar el lago descubrió a la Belleza. Con la Duda resultó más fácil todavía, pues la encontró sentada sobre una cerca sin decidir aún, en qué lado esconderse. Al Talento, entre las hierbas frescas; la Angustia, en una oscura cueva; a la Mentira, detrás del arco iris y hasta al Olvido, que ya se había olvidado que estaba jugando a las escondidas. Sólo el Amor no aparecía por ningún lado. La Locura buscó detrás de cada árbol, debajo de cada piedra, en la cima de las montañas y cuando estaba por rendirse, divisó el rosal y comenzó a mover las ramas. De pronto un doloroso grito se escuchó. Las espinas habían herido en los ojos al Amor. La Locura no sabía qué hacer para disculparse. Lloró, rogó, imploró, pidió perdón y hasta prometió ser su lazarillo. Desde entonces; desde que por primera vez se jugó a las escondidas en la tierra; el Amor es ciego y la Locura siempre lo acompaña.

Ricardo Cerezo Soza. Oruro

Miriam González Giménez.
Ilustradora y escritora cubana.